

Decimonoveno Domingo del Tiempo Ordinario A2023

Dios ha bendecido a Israel de muchas y diversas maneras. Ellos han sido escogidos de todas las naciones de la tierra para ser un pueblo particular de Dios. Cuando estaban en la esclavitud en Egipto, Dios les liberó y les condujo a la Tierra Prometida. Para mantenerlos en el espíritu de la Alianza, Dios les envió a los profetas para instruirlos y mostrarles el camino recto en el que caminar. Cuando el tiempo venía, para cumplir la promesa hecha a sus antepasados, Dios les envió al Mesías.

A ellos, dice San Pablo, les fueron dados todos los privilegios que alguien desearía en este mundo: la adopción, la gloria, las Alianzas, la Ley, el culto, las promesas, los patriarcas y el Mesías. Sin embargo, a pesar de todas estas bendiciones, Israel había sido a menudo infiel a Dios ya su Alianza. En lugar de adorar al Dios verdadero que los salvó, la gente se volvió a los ídolos y se olvidó la Alianza. Peor: cuando la promesa del Mesías se cumplió en Jesús, rechazaron a nuestro Señor y prefirieron vivir a su manera, sin Dios.

Es esta situación la que rompe el corazón de San Pablo. Incluso preferiría ser maldecido y separado de Cristo por el bien de su propio pueblo. Y, sin embargo, permaneció con nuestro Señor, porque sabía bien que nada puede separarlo del amor de Dios que se nos muestra en Jesucristo.

La dolorosa situación de san Pablo es la que a veces vivimos con nuestras familias. ¿Cuántas veces los miembros de nuestras propias familias se han obstinado en rechazar a nuestro Señor, su palabra y las enseñanzas de la Iglesia? ¿Cortamos cualquier vínculo con ellos por esto? Esta no sería la actitud correcta a tomar. Si no podemos cambiarlos, al menos tenemos que orar por ellos.

Pero, ¿cómo es que la gente se resiste a aceptar a Dios? ¿Cómo se explica la situación de infidelidad que deplora san Pablo? La infidelidad tiene su raíz en la terquedad del corazón de Israel, y de cualquiera, cuando se trata de pasar por alto la Alianza de Dios y buscarlo donde no está. Esto es lo que sucedió cuando Acab era rey de Israel y se casó con una reina extranjera, Jezabel. Este último llevó al pueblo a adorar ídolos y construir altares a dioses extranjeros.

En ese momento, el profeta Elías se levantó y denunció el pecado del pueblo y la hipocresía de la familia real. Enfurecido por tal idolatría, Elías hizo matar a espada a los profetas de Baal, el dios de Jezabel. Infeliz, la reina amenazó la vida del profeta y quiso matarlo. Para proteger su vida, Elías huyó al desierto para refugiarse en la cueva del monte del Señor donde iba a encontrarse con Dios.

Debido a que en el pasado Dios se le apareció a Moisés en eventos espectaculares, el profeta Elías pensó que Dios estaba en el viento, pero Dios no estaba allí. Cuando ocurrió el terremoto, el profeta pensó que era el momento, pero Dios no estaba allí. Incluso cuando llegó el fuego abrasador, Dios no estaba allí. Más bien, fue en el murmullo de una brisa suave que Dios estaba presente. Una vez que Elías se dio cuenta de la verdad, simplemente se cubrió la cara en señal de reverencia y adoración.

Como ven, hermanos y hermanas, Dios no vive en los acontecimientos espectaculares de la naturaleza, sino en el silencio de su palabra. Por eso, este texto se utiliza a menudo para resaltar la importancia de la contemplación y el silencio como las actitudes adecuadas que nos permiten el encuentro con Dios en la oración.

Por supuesto, la oración puede tener muchos aspectos y tomar varias formas. Pero, todos significan que nos ponemos en la presencia del Señor. La oración requiere una cierta cantidad de quietud y paz. En silencio y reverencia, elevamos nuestros corazones al Señor en oración. Cada uno de nosotros debe salir del ruido y crear un lugar tranquilo en su corazón para conversar con nuestro Señor. Es posible que participemos en actividades frenéticas como la crianza de los hijos o el trabajo, pero hagamos lo que hagamos, debe haber cierta quietud en el centro de nuestra vida. Cuando al final de un día muy ocupado podemos acercarnos al Señor en silencio y oración, nos reabastecemos y nos fortalecemos para enfrentar un nuevo día bajo la guía de Dios. Cuando al comienzo del día ponemos nuestras actividades en las manos del Señor, tenemos la seguridad de su presencia acompañante. Cuando estamos siempre corriendo para hacer cosas, corremos el riesgo de quemarnos y agotarlos.

Jesús mismo nos da ejemplo de oración y silencio en presencia de su Padre. Antes y después de cualquier actividad, siempre se retiraba en silencio a orar al Padre. La oración es una conversación que entablamos con Dios y en la que le presentamos nuestras alegrías y tristezas, nuestras necesidades y expectativas, con la firme convicción de que Dios vendrá en nuestra ayuda, porque nos ama.

La seguridad de que Dios nos ama debe llevarnos a confiar en él y poner en sus manos todas las cargas de nuestra vida. Este es el sentido del reproche de Jesús a Pedro: "Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste"? No hay duda de que los discípulos tenían dificultades en la barca, y Pedro tenía miedo de hundirse. El problema, sin embargo, es que en toda esta situación, Jesús nunca les había dejado. Por eso se les apareció de repente y los consoló: "Tranquilícense y no teman, Soy yo".

La sacudida del bote es el símbolo de las dificultades y penurias de la vida. Cuando el viento de la vida está contrario y la vida es realmente una lucha, Jesús viene en nuestra ayuda. Él está allí en nuestras necesidades para consolarnos y animarnos con su presencia perpetua. Esto es lo que hizo con sus discípulos. Él vino a ellos caminando sobre las aguas para rescatarlos y salvarlos.

Lo mismo es cierto para nosotros hoy. Hay momentos en que nos enfrentamos con las dificultades y la vida es una lucha desesperada con nosotros mismos, con nuestras tentaciones, con nuestras penas y con nuestras decisiones. En este momento, no hay necesidad de luchar solo, porque Jesús viene a nosotros a través de las tormentas de la vida, con la mano extendida para salvar, y con su voz tranquila y clara invitándonos a tener ánimo y no tener miedo.

Jesús es una presencia consoladora. Donde Jesús está, hay paz y serenidad. Cuando estamos en peligro de ser abrumados por las tormentas de la vida, Jesús está allí. Su presencia es tranquilizadora. Siempre debemos tener a Jesús a nuestro lado, porque él sabe cuándo intervenir y rescatarnos. Cuando estemos abrumados por innumerables problemas, invoquemos a Jesús.

1 Reyes 19: 9, 11-13a; Romanos 9: 1-5; Mateo 14: 22-33



Fecha de la Homilía: el 13 de Agosto, 2023
© 2023 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20230813homilia.pdf